

LA TOPOGRAFÍA POLÍTICA

La aplicación de coordenadas espaciales
a los lenguajes e imaginarios políticos*

João Cardoso Rosas

La relación entre la política y el espacio es múltiple y compleja. Muchas de las dimensiones de esta relación tienen que ver con la afirmación del Estado en el territorio y con la definición de las fronteras; con la defensa de la comunidad y con el posicionamiento estratégico de los ejércitos; con la construcción de ciudades y con un urbanismo desarrollado de acuerdo con las necesidades o los caprichos del poder, etc. Sin embargo, hay una dimensión de las relaciones entre el espacio y la política que es previa a la intervención de la política en el espacio físico porque se sitúa en el dominio mental y simbólico. Dicho con otras palabras: la política, como un ejercicio del poder en la comunidad y en el Estado, está ella misma estructurada de acuerdo con una ideología espacial pre-existente. Antes de difundirse en el espacio tangible, la política ya es espacial y esa espacialidad establece relaciones profundas con el mito, con la religión y con los arquetipos más permanentes de la mente humana. Es precisamente sobre esta predeterminación espacial y simbólica de la política de lo que trata este capítulo.

Coordenadas topográficas

La espacialización de la política se establece de acuerdo con coordenadas topográficas significantes bien definidas. En primer lugar está la coordenada *centro-periferia*: el poder político tiende a concebirse como un centro que se relaciona con periferias políticas, sociales y también territoriales. El poder está en el centro, nunca en los márgenes. El poder puede desplazarse a la

* Traducción de Ángel Rivero.

periferia, pero si esto acontece es para hacerse notar y para afirmar su potencia. No es ese su lugar. Obsérvese que el centro tiene una simbología profunda antes de tener utilidad práctica y antes de ser expresión geográfica. El centro es el lugar inicial de las cosmogonías antiguas, tal como mostró Mircea Eliade.¹ El mundo es creado a partir de un centro y de ahí esa mayor intensidad en relación con lo sagrado. Es en el centro donde se establece una conexión directa entre el mundo terreno y el mundo de los dioses. Este centro puede localizarse en una montaña remota o en cualquier otro lugar inaccesible. Sin embargo, ese es el lugar por excelencia de la hierofanía, de la aparición de lo sagrado en el mundo profano y, por ello mismo, el lugar que el poder político considera adecuado para sí.

Es a partir de la idea de centro y de la carga positiva e intensa que acarrea como se definen las restantes coordenadas topográficas y simbólicas. Así, en segundo lugar y de forma perfectamente lógica, se impone la coordenada *próximo-lejano*. La importancia de las cosas políticas, y de otras, se mide por la proximidad al centro o a quien está en el centro político (y que siempre es el centro, dondequiera que esté). Así, el centro puede pasarse por la periferia con su corte o con su séquito, pero no deja de ser el centro y siempre es mejor estar próximo a él que apartado. Quien está próximo está investido de un poder especial, aunque menor que el del propio centro, pero quien está apartado de él pierde ese poder y lo que le pueda dar en términos de reconocimiento, influencia o prosperidad. Cuanto más próximo, mejor; cuanto más apartado, peor.

En tercer lugar, y simultáneamente a lo anterior, el alejamiento en relación al centro conduce a la división del espacio entre lo que está *dentro* y lo que está *fuera*, es decir, a la idea de un límite a partir del cual se entra ya en un otro mundo que ya no es el nuestro y constituye un *topos* de incertidumbre o de peligro. Surge así una delimitación entre nosotros y los otros, el día y la noche, la luz y las tinieblas. Más allá de cierto límite se está ya en una periferia que todavía nos es inteligible, pero que pertenece a una dimensión diferente que se nos escapa y queremos evitar.

1. Cfr. Mircea Eliade, *Imágenes y símbolos*, Madrid, Taurus, 1999 (ed. original 1955), cap. I y Mircea Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Paidós, 1998 [ed. original 1957], cap. I, pp. 18 y ss.

En cuarto lugar, el centro proyecta una coordenada vertical en el espacio simbólico, entre *lo alto* y *lo bajo*. Como todos sabemos, porque tales arquetipos están bien instalados en nuestra forma de pensar, lo alto es superior a lo bajo. Así, el centro de poder tiende también a mostrarse en un lugar más alto en relación a aquéllos que están subordinados. Si quien ocupa el poder se coloca por encima de todos los demás —también en términos físicos y en las representaciones que hace de sí mismo— es porque sabe bien que estar por debajo significa ser inferior en términos de fuerza e importancia, mientras que estar por encima significa también ser superior en términos cualitativos.

Finalmente, en quinto lugar, el poder se estructura de acuerdo a una coordenada horizontal: *derecha-izquierda*. También aquí el orden de los factores no es arbitrario. La derecha es siempre simbólicamente superior a la izquierda. Como mostró Robert Hertz en un estudio pionero,² la mano izquierda se ocupa de las tareas menores y más sucias; la mano derecha de las tareas nobles y limpias. La vía derecha conduce a la iluminación y la siniestra a la obscuridad. Tanto para los dioses como para los hombres, estar sentado a la derecha es mejor que estar sentado a la izquierda. Es cierto, como veremos, que la política democrática modificó parcialmente, a lo largo de los dos últimos siglos, estos significados. Pero es de allí de donde partimos e incluso hoy en día las lenguas contemporáneas denotan aún las connotaciones positivas de la derecha (*right, droite, destra*), así como las connotaciones negativas de la izquierda (que apenas es *left, gauche* o incluso *sinistra*).

Así pues, partiendo de un centro que es de carácter mental y simbólico antes de tornarse espacial, la topografía política se desenvuelve en términos de proximidad y alejamiento, interioridad y exterioridad, verticalidad (alto/bajo) y horizontalidad (derecha/izquierda). Donde quiera que miremos, desde un centro imaginario y sea como fuere que concibamos ese centro de poder, podremos reconstruir sus imágenes euclidianas a partir de las coordenadas antes indicadas. El espacio político es pues, a priori, euclidiano o, si se prefiere, un espacio aprehensible intuitivo.

2. Vid. Rodney Needham (ed.), *Right and Left: Essays on Dual Symbolic Classification*, Chicago, The University of Chicago Press, 1973; y Robert Hertz, «The Pre-eminence of the Right Hand: A Study in Religious Polarity» (1909), en R. Needham (ed.), *op. cit.*, pp. 3-31.

tivamente que no precisa recurrir a las geometrías contemporáneas que multiplican las dimensiones espaciales de forma contraintuitiva, es decir, más allá de aquello que perciben los sentidos. El espacio político tiene, al menos inicialmente, las características de aquello que nuestro cuerpo permite aprehender, a lo que añade los significados que se fueron atribuyendo a lo largo de la historia a cada una de esas dimensiones espaciales.

El Antiguo Régimen y la revolución (París, 1789)

Ante la imposibilidad de hacer aquí una historia completa de la estructuración topográfica de la política vamos a centrarnos en un momento clave: el paso en 1789 de la vieja a la nueva política, del Antiguo Régimen a la modernidad constitucional. La política altamente ritualizada de la fase final del absolutismo en Francia recoge muchos símbolos espaciales que hunden sus raíces en una larga historia. El ejercicio de la política que se inaugura a partir de 1789, con sus nuevos rituales, nos dice mucho sobre aquello que todavía somos. Nuestra visión espacial de la política es todavía parcialmente heredera de aquellos años.

Nos centraremos en un lugar y un acontecimiento específico: Versalles y la convocatoria de los Estados Generales por Luis XVI, así como su posterior transformación en Asamblea Nacional Constituyente. Los Estados Generales fueron convocados por el monarca con el propósito de intentar una solución para los problemas financieros del reino. De acuerdo con la tradición, los representantes de los tres estados se reunían en asamblea delante del rey, de su familia y su gobierno. Fue solo más tarde, cuando el proceso de transformación revolucionaria de Francia ganó ímpetu, cuando estos mismos Estados Generales decidieron transformarse en Asamblea Nacional Constituyente autónoma. Esta iniciativa partió de los representantes del pueblo y fue secundada por varios miembros del clero, pero por indicación del propio rey acabó recabando también el asentimiento de los restantes representantes electos, incluidos los de la nobleza.

La primera reunión de los Estados Generales tuvo lugar el 5 de mayo de 1789 en la sala del Jeu de Paume del palacio de Versalles. Existen varias representaciones pictóricas y gráficas de este acontecimiento (Fig. 1) que nos permiten tener una idea



FIGURA 1. La inauguración de los Estados Generales en Versalles (1789)

bastante clara de la espaciología ritual y, al mismo tiempo, nos dan la posibilidad de comprender la pre-determinación simbólica de esta disposición espacial. Debemos a Jean A. Laponce, quien teorizó por primera vez de forma sistemática la simbología política y pre-política de las coordenadas derecha/izquierda, una descripción ejemplar de esta reunión fundada en tales representaciones y en la documentación testimonial. Dice Laponce:

El rey y su familia, en el centro de la escena, bajo un baldaquín monumental, estaban de frente a los diputados. El rey se sentaba en un trono erigido sobre el estrado más alto. A los pies del trono estaba la familia real: a la izquierda del rey, la reina y las princesas —la rama femenina de la casa real, incapacitada para heredar el reino—; a su derecha, los príncipes —el grupo de potenciales sucesores. A los pies de la tarima central, por debajo de los príncipes y las princesas —ellos mismos por debajo del rey— un largo banquillo y una mesa acomodaban a los secretarios de Estado. El rey, su familia y sus ministros estaban así claramente separados de los miembros de los tres estados, que estaban ordenados por filas de izquierda a derecha. El clero se situaba al lado derecho, la nobleza al izquierdo. El Tercer Estado, más alejado del trono real que la nobleza o el clero, lindaba con los dos órdenes privilegiados.³

3. J.A. Laponce, *Left and Right: The Topography of Political Perceptions*, Toronto, Toronto University Press, 1981, p. 47.

A partir de esta representación y de la descripción de Laponce podemos rastrear los diferentes ejes o coordenadas que aquí nos interesan. Así, el rey está inequívocamente en el centro, aunque ese centro no sea estrictamente el centro de la sala. Es, sin embargo, el centro o foco de atención en función del modo en que la sala se encuentra estructurada. Como se señaló antes, el poder político, en este caso el poder soberano, es la fuente de la ley positiva y tiende a ocupar un centro, aunque ese centro sea móvil. Es a partir de ese centro desde donde se definen las restantes coordenadas topográficas. Por tanto, el monarca se encuentra situado por encima de los otros, en la posición más alta. Sin embargo, el eje vertical alto/bajo está igualmente presente en la posición de los otros participantes. El resto de la familia real está por debajo del soberano, pero los ministros del rey, su gobierno, están por debajo de la familia real y al mismo nivel que los diputados que representan a los tres estamentos.

Sin embargo, las coordenadas alto/bajo no son en modo alguno suficientes para comprender la reunión de los Estados Generales. Una buena parte de la topografía simbólica de la reunión pasa por la diferencia entre próximo y alejado. La familia real es la que está más próxima al rey, y entre los miembros de la familia, los príncipes y princesas son los más próximos. Los ministros, aparte de estar más bajos, están también más apartados. Este alejamiento es todavía mayor en relación a los representantes de los estados presentes en toda la sala. Pero también aquí existe una clara jerarquía espacial y simbólica. Los diputados que se sientan más cerca del estrado son los del clero y la nobleza. Los representantes del pueblo ocupan la parte posterior de la sala. Son los que están más alejados del rey, de su familia y de su gobierno, pero también están apartados y separados de los representantes de los estamentos superiores.

Sin embargo, el análisis topográfico no puede acabar aquí. La coordenada derecha/izquierda ha de intervenir para ordenar aquello que podría parecer arbitrario para el espectador desprevenido. La relación entre derecha e izquierda se define en relación al centro ocupado por el rey. A su derecha están los príncipes herederos, mientras que las princesas se contentan con estar a su izquierda, aunque próximas y bastante elevadas. La disposición de los estamentos también obedece a un esquema de este tipo. El estamento más próxima a lo divino, el clero, está senta-



FIGURA 2. Asamblea Nacional Constituyente

do en el lado derecho de la sala, mientras que la nobleza lo está en el lado izquierdo. En relación al pueblo, el eje derecha-izquierda no es ahora relevante porque el tercer estado se encuentra debidamente encuadrado por las restantes coordenadas. Por último, esta ritualización del espacio político se encuentra contenida dentro de una sala bien delimitada, donde todo el reino está representado, es decir, presente por segunda vez. El espacio político es un espacio contenido dentro de límites y por ello puede perfectamente caber en una sala cerrada.

El proceso de transformación de los Estados Generales en Asamblea Nacional Constituyente discurrió rápidamente durante el mes de junio. El día 22 el pueblo, actuando contra las instrucciones del rey, se reunía en la iglesia de San Luis, en Versalles, junto con parte del clero. Con la presión del pueblo en aumento, algunos miembros de la nobleza se unieron a esta asamblea el día 25. Dos días después, el 27 de junio, fue el propio rey quien reconoció lo inevitable y ordenó a los representantes de los tres estados que se reuniesen en asamblea constituyente. Con la Asamblea Nacional Constituyente la ordenación topográfico-política anteriormente existente se viene abajo (ver Fig. 2). Nos encontramos ante un mundo nuevo, una nueva época. Los diputados pasan a sentarse libremente en la sala, en la que ya no está el rey y la mesa presidencial pierde el estatuto simbólico de centro. El espacio simbólico parece ahora más confuso. El centro del poder está en todas partes o, como mucho, está en el centro de la

propia sala y es apenas un referente sin peso cualitativo. Se abole el valor jerárquico de estar próximo o alejado, del mismo modo en que se elimina la diferencia entre arriba y abajo. Ahora están todos al mismo nivel simbólico. La horizontalidad prevalece sobre cualquier otra dimensión topológica significativa.

Sin embargo, la ordenación espacial permanece dentro de un espacio político delimitado, ahora asentado en el eje horizontal definido por la derecha y la izquierda. Es este el momento cuando nace la distinción moderna entre la política de izquierda y la política de derecha: tan pronto como los diputados, libres de su pertenencia a un estamento establecido, se sientan de acuerdo con sus afinidades ideológicas o de grupo. Así, como si ello no tuviera la menor importancia, espontáneamente, los diputados más críticos con la monarquía tienden a sentarse en el lado izquierdo de la sala, del mismo modo que los más próximos al rey se agrupan en el lado derecho. La gran metáfora espacial de la política moderna queda así definida y está preñada de significados pasados y futuros, sagrados y profanos.

La topografía de la modernidad política

Marcel Gauchet, autor de la más rigurosa descripción de la evolución de la dicotomía horizontal izquierda-derecha en Francia, señala que la misma surgió durante los hechos antes descritos, en 1789, pero no se generalizaría hasta el inicio del siglo XIX, durante la Restauración.⁴ Desde el principio la dicotomía tenía un sentido fácilmente aprehensible: en el cuadro del debate constitucional iniciado en 1789 los diputados sentados a la derecha eran favorables al veto legislativo del rey, mientras que los de la izquierda eran contrarios. La restauración de 1815 tornará todo más claro: la izquierda representaba la nueva Francia liberal y la derecha la vieja Francia ultra-monárquica. Vistos los significados ancestrales de derecha e izquierda, difícilmente podría haber sido de otra manera. Gauchet también llama la atención sobre la importancia del centro en cuanto definidor de la izquierda y la derecha. Consi-

4. Vid. Marcel Gauchet, «La Droite et la Gauche», en P. Nora (dir.), *Les Lieux de Mémoire*, París, Gallimard, 1992, vol. III (Les Frances. Conflits et Partages), pp. 395-467.

dera que la emergencia del centro es la que ayuda mejor a definir la dicotomía. En cualquier caso, este centro ya nada tiene de la fuerza simbólica del centro pre-moderno. Este centro se inscribe en la horizontalidad y es sobre todo un punto que señala el lugar medio en una topografía lineal que se extiende de izquierda a derecha.

Por lo demás, Laponce, discrepando aquí de Gauchet, señala que aquello que mejor definirá históricamente la izquierda y la derecha no es la emergencia del centro sino, por el contrario, de los extremos. En el lenguaje que hoy en día nos es tan familiar, la izquierda se desdobra automáticamente en una extrema izquierda, por oposición a un centro-izquierda, y de igual modo la derecha ve surgir una extrema-derecha, también por oposición al centro derecha o derecha moderada. En todos estos casos, sin embargo, no se trata de la apertura de nuevas dimensiones topográficas. Lo que prevalece es siempre la horizontalidad política moderna, sin que haya apertura alguna a la distinción alto/bajo o próximo/lejano en relación a un centro cualitativamente más fuerte que ya no existe.

Con todo, al pensar en la topografía política moderna no debemos restringir nuestro análisis a su génesis en la Francia entre 1789 y 1815. Si resulta indudable que tiene su origen en los acontecimientos paradigmáticos de la Revolución Francesa y en la propia evolución de la política francesa, es igualmente cierto que esta topografía se generalizó a todos los regímenes constitucionales surgidos en Europa y América a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, y más tarde también en otras regiones del mundo. La progresiva democratización de estos regímenes mediante la ampliación del sufragio reforzó la importancia y omnipresencia de esta espaciología horizontal.

Si es empíricamente cierto que donde quiera que se ha implantado un régimen constitucional moderno, o demo-constitucional, el espacio político es horizontal y está determinado por la dicotomía derecha-izquierda y sus complejidades, entonces lo que se impone es preguntarse por qué esto es así. Es decir, ¿qué es lo que puede explicar que una concepción del espacio político moderno, surgida en un tiempo y un lugar específicos, haya tenido la capacidad de imponerse y generalizarse allí donde exista un régimen constitucional y democrático? ¿Por qué razón en todas las democracias contemporáneas se habla de una derecha y de una izquierda, de una extrema-izquierda y de una extrema-

derecha, de un centro e incluso de un centro-derecha y de un centro-izquierda? ¿Qué puede explicar la universalización de este lenguaje espacial en un contexto democrático?

La primera respuesta —pero en modo alguno la única, como veremos— pasa por la constatación de una evidencia. El tránsito de la sociedad rígidamente estratificada del Antiguo Régimen a una sociedad de ciudadanos iguales ante la ley sólo puede permitir la existencia de un espacio político horizontal. Todas las demás coordenadas, que remiten a una desigualdad fundamental y a una sociedad rígidamente estructurada de acuerdo con marcadores de honra que corresponden a cada cual según el nacimiento, pierden su razón de ser. Pero, además de esto, la nueva política deja de ser idealmente uniforme —condicionada por la persona del soberano y su interpretación de la *Salus Populi*— para pasar a admitir la existencia de un pluralismo político que se añade al pluralismo religioso y que el constitucionalismo inicial buscaba acomodar. Ahora bien, la forma más intuitiva de describir el pluralismo horizontal es la dicotomización entre izquierda y derecha. Esta dicotomía introduce en el lenguaje el carácter asumidamente antagonista y beligerante de la política, algo que la teoría y la práctica del absolutismo procuraban negar, al menos en el nivel interno del Estado.

En tercer lugar, hay que reconocer que el pluralismo político no tiene nada de sencillo y que la multiplicación de las afinidades y los grupos, y más tarde de los partidos organizados, conduce inevitablemente a un mapa político fragmentado y complejo. Sin embargo, en este contexto, la dicotomía izquierda y derecha introduce una simplificación cuya función cognitiva es clara. Más allá de la maraña de grupos y tendencias se hace posible distinguir entre dos campos opuestos.

En cuarto lugar, más allá de la simplificación cognitiva, la dicotomización favorece también la formación de alternativas de gobierno. Si la derecha tiene el poder en un determinado momento, se puede esperar que la izquierda pueda venir a ocuparlo posteriormente, y viceversa. La posibilidad permanente de alternancia en el gobierno es una característica fundamental de las democracias constitucionales y la distinción entre la izquierda y la derecha da una referencia, que por supuesto no ha de seguirse necesariamente, acerca del modo de agrupamiento de las diversas sensibilidades para la formación y apoyo del poder ejecutivo.

Por último, la distinción entre la izquierda y la derecha obedece a lo que Steven Lukes designó como *principio de paridad*.⁵ Es decir, en el contexto constitucional y democrático se niega la prevalencia o dominio de una visión sobre otra, en este caso de la izquierda en relación a la derecha. El *principio de paridad* establece que la izquierda y la derecha políticas tienen, por lo menos a priori, un estatuto igual, en el sentido de que ninguna de ellas es inferior o superior a la otra. De esta forma, la horizontalización del espacio político cambia el sentido simbólico y antropológico de la dicotomía. Poco a poco, el carácter «negativo» de la izquierda y positivo de la «derecha» es sustituido por la nueva simbología democrática que afirma el igual estatuto de uno y otro campo.

De la simbología a la politología

La teoría política contemporánea no dejó de acoger en su propia lengua la horizontalidad del espacio definido por la derecha y la izquierda. Según algunos politólogos, la dicotomía izquierda/derecha tiene un elevado poder analítico en la medida en que permite separar claramente los diferentes posicionamientos ideológicos en conflicto. Pero también es verdad que esos posicionamientos fueron cambiando con el tiempo y los contextos. Así, por poner un ejemplo panorámico, la división inicial en Francia y en Europa durante las primeras décadas del siglo XIX era entre una izquierda liberal opuesta a las jerarquías del Antiguo Régimen y una derecha conservadora y nostálgica del viejo orden. La izquierda favorecía el comercio libre y muchas veces también el anticlericalismo y el republicanismo. La derecha prefería un Estado fuerte, la religión establecida y la monarquía.

Con la creciente relevancia de la *cuestión social* y el ascenso de las ideas socialistas en Europa, la izquierda fue ocupada por esa ideología, *empujando* a los liberales hacia el centro o incluso hacia la derecha (algo que nunca sucedió en los Estados Unidos, donde el socialismo no llegó a penetrar). En este contexto, la

5. Steven Lukes, «Epilogue: The grand dichotomy of the twentieth century», en T. Ball y R. Bellamy (eds.), *The Cambridge History of Twentieth-Century Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 606-607.

izquierda mantiene su oposición a la sociedad estratificada del Antiguo Régimen, pero ahora pasa a ser crítica respecto a la propiedad privada y se hace defensora de una mayor igualdad social. Por su parte la derecha se mantiene mayoritariamente fiel a la visión conservadora, tradicionalista y escéptica en relación al igualitarismo de la izquierda.

Avanzado el siglo siguiente, resulta controvertida la posibilidad de aplicar la dicotomía izquierda-derecha en la caracterización de las ideologías extremistas que se fueron imponiendo en Europa, en especial durante los años treinta. Es cierto que estas ideologías nacieron casi siempre en el contexto constitucional moderno, pero no es menos cierto que buscaban negarlo y superarlo. Con todo, algunos consideran que el fascismo puede ser clasificado como un extremismo de derecha, mientras que el comunismo, sobre todo en su versión estalinista, surgirá como un extremismo de izquierda. Sin embargo, Seymour Martin Lipset, un politólogo que siempre defendió la relevancia de la distinción entre izquierda y derecha en el análisis de las ideologías políticas, propone una localización diferente de las ideologías extremistas en el espacio simbólico definido por la izquierda y la derecha.⁶ Para Lipset la extrema-derecha está ocupada por ideologías como el franquismo en España o el salazarismo en Portugal, mientras que la extrema izquierda acoge al comunismo soviético y también, por ejemplo, a los populismos de izquierda en América Latina. En cuanto al fascismo, o nazi-fascismo, es colocado por Lipset en el centro: es un extremismo de centro, debido a que combina ideas de ambos lados del espectro y también por tener su base de apoyo entre los antiguos seguidores del centro democrático y liberal: los pequeños comerciantes e industriales y los profesionales. Si Lipset tiene razón, entonces la línea continua entre izquierda y derecha que configura el espectro constitucional se torna curva a medida que se aproxima a los dos extremos para completar el círculo y juntarse por detrás del centro democrático en otro centro que será ocupado por el fascismo. Manteniéndose en la dimensión horizontal de la geometría del

6. Cfr., por ejemplo, Seymour Martin Lipset, «Esquerda e Direita: O Conflito Ideológico do Século XX», en J.C. Espada *et al.* (eds.), *Direita e Esquerda: Divisões Ideológicas no Século XX*, Lisboa, Universidade Católica Editora, 2006, pp. 11-18.

plano, el espacio político moderno, ahora constitucional y anti-constitucional, pasa así a estar formado por dos semicírculos, por así decir, cada uno de ellos con su centro y, claro está, una derecha y una izquierda.

Más adelante añadiré algo a esta visión de Lipset, ya que otros instrumentos desarrollados por la ciencia política contemporánea permiten también, aunque de otra forma, atender el tipo de complejidad sugerido por el politólogo americano. Mientras tanto, obsérvese que la época de los extremismos acontece en Europa tras el final de la Segunda Guerra Mundial y el regreso a la topografía ideológica en la que los socialismos ocupan la izquierda y los conservadurismos la derecha (se incluye en ésta a la democracia cristiana como conservadurismo cristiano, con características diferenciadoras respecto de los otros conservadurismos). A lo largo de las últimas décadas del siglo XX se mantiene esta división, pero se produce también un resurgimiento de las ideas liberales. Sin embargo, éstas no necesariamente dan lugar a nuevas formas políticas sino que influyen en las fuerzas existentes, tanto en la izquierda como en la derecha. Así, el conservadurismo forma una nueva síntesis con el liberalismo, abandonando a menudo sus reservas respecto a la economía de mercado, mientras que algo parecido ocurre en la izquierda con su aproximación al centro liberal —y, por tanto, también a la derecha— a través de movimientos de renovación ideológica como la *tercera vía*.

Respecto a los cambios ideológicos aquí referidos, de forma muy esquemática,⁷ puede pensarse que la dicotomía izquierda-derecha cumple sus funciones de señalización de un espacio político que pasó a ser horizontal y plural, pero no contiene propiamente un sentido fijo y alternativo frente a las reverberaciones simbólicas heredadas del pasado. Sin embargo, la ciencia política contemporánea busca ir más allá de la herencia simbólica de esta topografía mediante un constructivismo teórico que pretende establecer la diferencia entre izquierda y derecha en términos sustantivos, de forma puramente conceptual —sin buscar ya en la historia o en la simbología semejante diferencia. La

7. Para una visión más detallada, vid. João Cardoso Rosas y Ana Rita Ferreira (eds.), *Left and Right: The Great Dichotomy Revisited*, Newcastle, CSP, 2013, cap. I.

incluido el neo-liberalismo, ocupan naturalmente la parte inferior derecha, mientras que los liberalismos sociales o la socialdemocracia actual fácilmente se sitúan en la zona inferior izquierda. Las ideologías anarquistas están en la parte inferior del esquema, mientras que los totalitarismos ocuparán la parte superior izquierda o derecha. El nazi-fascismo puede ocupar, si quisiéramos seguir la intuición de Lipset, el centro superior. Este tipo de representación constituye por tanto una alternativa más compleja frente a otras posibles. Las posibilidades son muchas y no podemos explorarlas aquí todas. Este esquema bidimensional se ha vuelto muy popular gracias a los test de *Political Compass*, un sitio web en el que, tras responder a una lista de preguntas, el participante queda situado en un mapa político-ideológico que contempla tanto el eje izquierda-derecha como el eje libertad-autoridad.

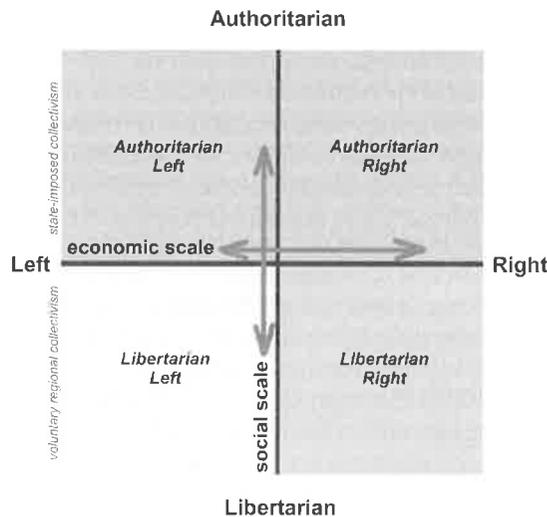


FIGURA 4. Eje de *Political Compass*⁹

En cualquier caso, el esquema bidimensional, al contrario de lo que pudiera parecer a primera vista y de lo que sugiere a veces el lenguaje utilizado para describirlo, no reintroduce una distinción entre alto y bajo. Aunque bidimensional, el esquema

9. www.politicalcompass.org. Consultado el 15 de noviembre de 2014.

permanece horizontal. Se extiende en el plano y no requiere de otras dimensiones. Por último, conviene observar que este tipo de topografía que la teoría política construyó sobre el lenguaje simbólico pre-existente, dotándola de nuevos significados y modificando su valor simbólico —por ejemplo, a través de la paridad entre izquierda y derecha— no es aceptado de forma universal. Uno de los principales estudiosos de las ideologías políticas, Michael Freeden, rechaza explícitamente la reducción del mapa ideológico a la linealidad de la dicotomía izquierda/derecha y sus variaciones.¹⁰ Freeden, que inauguró el denominado «análisis morfológico de las ideologías» prefiere agruparlas siguiendo las tres principales macro-ideologías (conservadurismo, liberalismo y socialismo) y las muchas micro-ideologías transversales (e.g. nacionalismo) o compuestas (por ejemplo, social-democracia), en lugar de colocarlas en un plano lineal y horizontal. Para Freeden, las ideologías tienen múltiples superposiciones y afinidades. Una ideología calificada de derecha, por ejemplo, puede tener más afinidades con otra que se considera de izquierda que con las restantes ideologías que se consideran de derecha, y así sucesivamente. Por ello no pueden ser alineadas horizontalmente, ya que semejante esquema resultaría empobrecedor.

En nuestra opinión, la mayor dificultad que existe hoy en día para la comprensión de las ideologías y sus posicionamientos atendiendo a las categorías de la topografía política moderna tiene que ver con las mutaciones sociales del final del siglo XX y con el nuevo impulso de la globalización económica y financiera a la que todavía asistimos. Es decir, no podemos descartar a la ligera la hipótesis de que la crisis de la espaciología política tiene que ver con la propia crisis de la política misma. Veamos de qué forma.

El espacio político moderno hoy: ¿hacia la irrelevancia?

Si la estructura topográfica y simbólica de los regímenes constitucionales —y después democráticos— de la modernidad rompió con la estructura heredada del Antiguo Régimen, la ver-

10. Cfr., por ejemplo, Michael Freeden, *Ideology: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford U.P., 2003.

dad es que la visión espacial siguió acompañándonos e influyendo en nuestra percepción y en nuestro lenguaje político. Sin embargo, a medida que fue finalizando el siglo XX y fuimos entrando en una nueva era de globalización, muchos comenzaron a cuestionar el mantenimiento o la perspicacia de la visión espacial de la política. Es decir, la propia espacialización horizontal entre izquierda y derecha —u otras versiones más complejas de esa misma horizontalidad— pueden estar dejando de tener sentido, de la misma manera que con el paso del Antiguo Régimen a la modernidad dejaron de ser útiles las restantes categorías espaciales, más relevantes para una sociedad rígidamente jerarquizada. No estoy convencido de que nos enfrentemos a una mudanza tan radical y creo que por lo menos durante algún tiempo seguiremos encuadrando la política en coordenadas espaciales y simbólicas.¹¹ Lo que ocurre más bien —y esta es la hipótesis que me gustaría dejar aquí apuntada— es que la propia sustitución de la política y su superioridad social por la creciente hegemonía de la esfera económica y el mercado, lleva tendencialmente a una menor relevancia de las categorías espaciales modernas. Es decir, la menor importancia atribuida hoy a esas categorías no se debe al hecho de que la política se haya emancipado de ellas, sino a que la propia política está en crisis frente al dominio económico en la regulación de nuestras sociedades. Si la regulación social deja de ser realizada mediante la vía política y ésta queda sometida a la esfera económica como verdadera reguladora, entonces las categorías espaciales de la política pierden su fuerza analítica (politológica) y auto-referencial (como percepción y lenguaje corriente).

Para comprender este cambio podemos pensar en la esfera del mercado también en términos espaciales y simbólicos, pero en contraste con la espaciología política. Por lo menos desde Adam Smith nos hemos habituado a describir el mercado como un *espacio del intercambio*. Sin embargo, en línea con el análisis que el propio Smith inaugura en *La riqueza de las naciones*, este espacio se fue ampliando y transformando su estructura. Inicialmente el mercado era el espacio del intercambio directo, en

11. Para una interesante tentativa de aplicar las mismas coordenadas en el contexto de la globalización, cfr. Alain Noël y Jean-Philippe Thérien, *Left and Right in Global Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

un lugar y fecha determinados. Después se vio ampliando con el desarrollo de los transportes. Por último, el mercado está en todas partes, ya no tiene una delimitación espacial y se convirtió en un *topos* virtual que existe donde quiera que existan mercancías e intercambios, sean éstos materiales o inmateriales. En este mercado global y virtual no hay referencias topográficas determinadas. Este mercado es elástico y se expande indeterminadamente y en todas las direcciones. No es ni siquiera posible reunir el conocimiento necesario para su plena comprensión, ya que esa información se encuentra dispersa entre sus innumerables agentes. En el mercado actual, por tanto, no existe un único centro o una simbología de proximidad o de verticalidad. Mucho menos existe una derecha y una izquierda o el tipo de orden y de simbología que ellas sugieren. El mercado vive hoy de la pluralidad y de la constancia de los intercambios ilimitados, sin que una entidad única —como las entidades estatales, por ejemplo— lo pueda aprehender o controlar. En este particular sentido, el mercado se volvió anti-político.

Dado este contexto, no resulta excesivo afirmar que quizá sea el propio mercado, y no ya el Estado o la política, el que constituirá la principal fuerza reguladora de la sociedad. La regulación política de lo social da paso, por tanto, a una regulación económica y el elemento político queda subordinado a ella. Incluso cuando *lo político* continúa existiendo con todo su aparato administrativo y militar, acaba por no ser más que una religión que se sigue practicando, pero en la cual ya no se cree. El mercado global y sofisticado tiene su propia espaciología y lenguaje simbólico, pero no coincide con la topografía política moderna (o pre-moderna). En una sociedad de mercado como la que ha venido emergiendo en términos globales, serán otros referentes simbólicos o espaciales, pero ya no políticos o topográficos, los que precondicionen el ordenamiento de los territorios, el decreciente valor de las fronteras, la estructura de las ciudades y la vida de las personas en un espacio tangible.